



LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN
TIBERIO GRACO
TRIBUNO DE LAS
LEGIONES

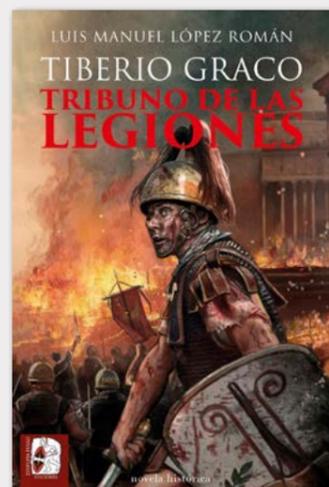
novela histórica

DOSIER DE PRENSA

La historia del hombre que cambió Roma para siempre

Tiberio Graco es sin duda uno de los personajes más fascinantes de la antigua Roma, tribuno de la plebe, reformador de la propiedad de la tierra, brutalmente asesinado por sus rivales políticos.

Pero antes de convertirse en símbolo de las clases populares, Tiberio fue un joven que nació en una república que se expandía implacable por el Mediterráneo, que hubo de fajarse desde niño en el despiadado mundo de la aristocracia romana y que se forjó en la guerra contra una Cartago que luchaba por su propia supervivencia. Una novela ahonda por primera vez en la figura del futuro tribuno de la plebe, desentrañando su infancia y juventud.



Tiberio Graco.
Tribuno de las legiones
978-84-128158-9-4
792 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Roma, mediados del siglo II a. C. El pequeño Tiberio Sempronio Graco empieza a conocer el convulso mundo en el que vive: la feroz pugna por el poder en el seno de la nobleza romana, ávida de prebendas y gloria; la cada vez más ancha fractura entre esa aristocracia terrateniente y un campesinado sin tierras, con problemas para subsistir y empero obligado a servir en las legiones; el choque entre los viejos valores romanos y el helenismo... Un mundo que cambiaba a pasos agigantados, tan rápido como rápidas eran las dentelladas que la Loba daba a la ecúmene.

De la mano de su padre, Tiberio iniciará su educación política, de su severa madre Cornelia aprenderá cuál es su lugar en el mundo, como hombre y como romano, y con su primo Escipión Emiliano asumirá que tiene un futuro por delante y que deberá tomar decisiones, no siempre sencillas.

Esta novela recrea la infancia y juventud de una figura que, como tribuno de la plebe, cambiaría la *res publica* romana para siempre. Pero antes de eso, fue tribuno de las legiones en África y empezó a forjar una carrera militar que lo llevó a protagonizar algunas hazañas y a encajar algunas humillaciones. De las calles de una Roma donde conviven altivos patricios con miríadas de desposeídos, pedagogos griegos y senadores de relumbrón, a ser el primero en escalar los altos muros de una Cartago condenada a la destrucción, el joven Tiberio aprenderá el valor de la amistad, pero también el regusto amargo que deja la traición, dos enseñanzas que marcarán una vida que encarnó todas las contradicciones de esa Roma que de ciudad se trocaba a imperio.

«Recuerda que eres mortal o Roma te lo hará pagar».



Luis Manuel López Román (Madrid, 1982) es licenciado en Historia y Filología Clásica en la Universidad Complutense de Madrid, en la que permaneció durante varios años como investigador del departamento de Historia Antigua, y actualmente se dedica a la enseñanza secundaria. Ha dirigido proyectos de divulgación de la Historia y la Cultura Clásica en portales webs y en redes sociales y ha colaborado en programas de radio. En 2020 publicó su primera novela, *Oscuro Roma*, inicio de la serie sobre Marco Lemurio, que combina historia con elementos de misterio, terror y fantasía, y que ya cuenta con cuatro entregas. *Tiberio Graco. Tribuno de las legiones* es su primera novela en Desperta Ferro Ediciones.

En librerías el 2 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

Desperta Ferro Ediciones inicia su sello de novela histórica con una historia que nos traslada a mediados del siglo II a. C., a la guerra que destruirá Cartago y al crecimiento de uno de los personajes que cambiará su historia para siempre: Tiberio Graco.

Graco se erigió en un símbolo de la defensa de los derechos de la plebe, su legado sobrevivió hasta las revoluciones de Estados Unidos y Francia a finales del siglo XVIII, y hoy día es reivindicado como un protector de los más desfavorecidos. Pero antes fue un joven tribuno en las legiones y esta es su historia.

Caminamos por las calles de la Roma de mediados del siglo II a. C.: la ciudad que, tras la guerra contra Aníbal de Cartago y el inicio de la larga conquista de Hispania, ponía un pie en Grecia y se convertía en protectora los reinos de la ribera oriental de lo que pronto será un *Mare Nostrum*.

Roma y Cartago se enfrentan por tercera y última vez, pero ya no será por el dominio del Mediterráneo occidental: la ciudad púnica luchará para evitar el destino de ser destruida.

Se recrea la lucha en las calles de Cartago, casa por casa, como si fuera un Stalingrado del mundo antiguo, y con el detalle que las fuentes clásicas recogen y que el autor evoca con una prosa briosa y trepidante.

Los familiares y aliados de hoy son los enemigos del mañana: conocemos en detalle a Publio Cornelio Escipión Emiliano, nieto adoptivo del Escipión el Africano que venció a Aníbal, quien se hará cargo de la guerra contra los cartagineses y que ansía convertirse en el primero de los romanos.

Estamos ante un *bildungsroman* de inolvidables personajes, a los que veremos crecer, madurar y evolucionar a medida que se implican en los acontecimientos de la Roma de su época y, especialmente, en la guerra a muerte contra Cartago.



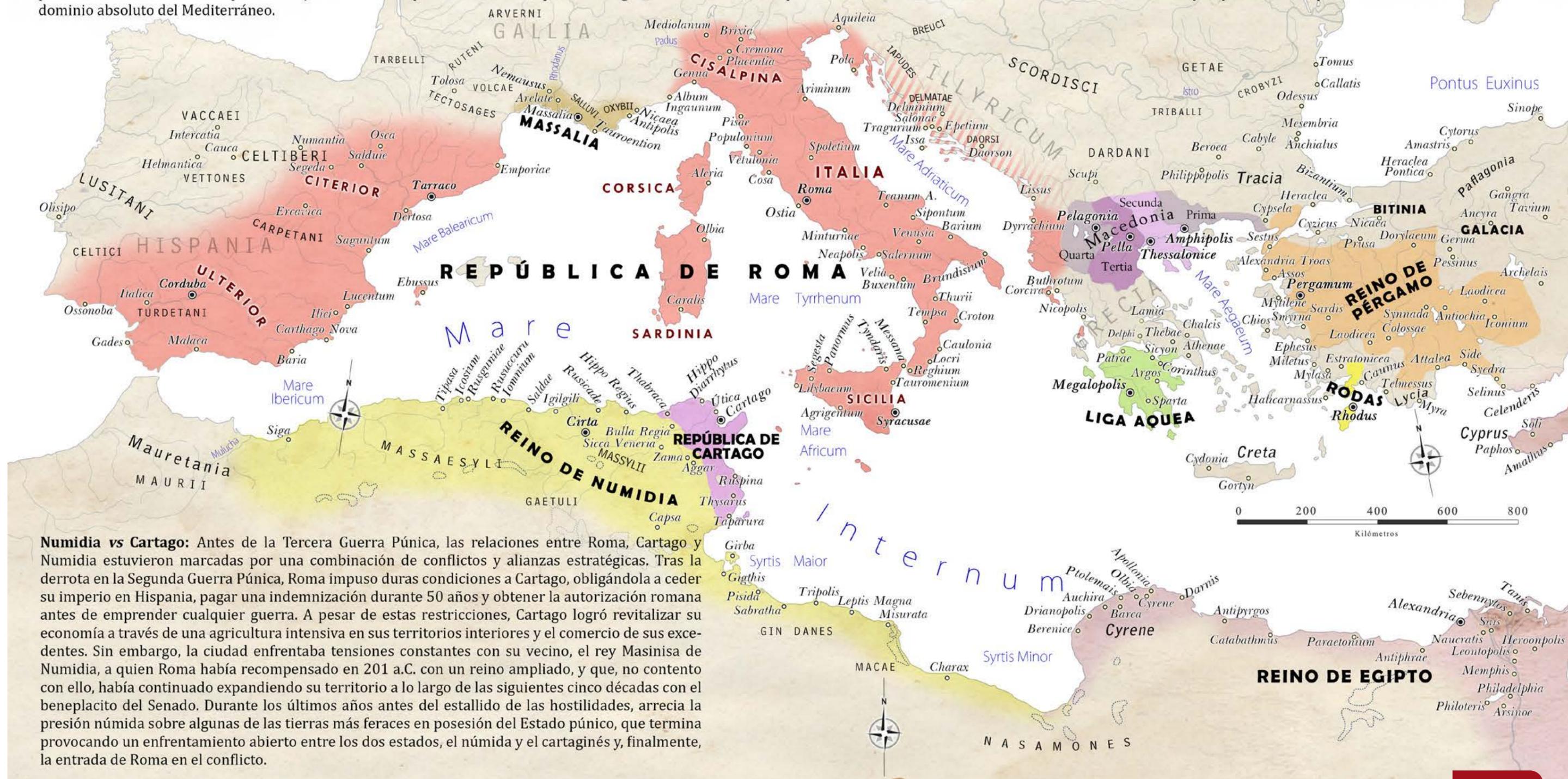
¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de Desperta Ferro. Disfrútala y recrea en sus detalles.



República de Roma

el Mediterráneo romano, mitad del siglo II a. C.

Roma y el Mediterráneo: A mediados del siglo II a. C., la República romana era la principal potencia del Mediterráneo, habiendo extendido su control e influencia sobre numerosas regiones, desde Europa hasta África y Asia Menor. Sus actividades se centraban principalmente en las costas y las islas del Mediterráneo. Y aunque Roma tenía un poder militar y político creciente, la administración directa en sus provincias, como Hispania, Sicilia y Cerdeña, era todavía limitada, por la falta de un sistema administrativo sólido. La política en Roma, a mediados del siglo II a. C., se caracteriza por una lucha constante entre poderosos intereses, con un Senado que busca mantener su autoridad en un contexto de creciente desigualdad y violencia. En el exterior, aunque Roma continúa expandiendo su influencia por el Mediterráneo, no lo hace sin encontrar resistencia. En Hispania, en la Celtiberia, utiliza la construcción de una muralla en Segeda como pretexto para desatar una guerra contra las tribus celtíberas, logrando una difícil paz tras años de lucha. También en Hispania, en Lusitania, Roma se enfrenta a una feroz resistencia de los lusitanos liderados por Viriato, cuyo levantamiento es provocado por la traición romana. En Massalia, Roma responde a las peticiones de su aliado griego, derrotando a tribus invasoras y asegurando el control de la región. En la otra orilla del Adriático, Roma aplasta la resistencia dálmata, consolidando su dominio en la costa iliria tras una dura guerra. En el norte de Grecia, en Macedonia, la rebelión de Andrisko es sofocada, convirtiendo definitivamente la región en una provincia romana. Estas campañas reflejan el avance implacable de Roma, que no solo ganaba territorios, sino que establecía un control firme mediante alianzas, traiciones y el poder militar, pavimentando el camino hacia su dominio absoluto del Mediterráneo.



Numidia vs Cartago: Antes de la Tercera Guerra Púnica, las relaciones entre Roma, Cartago y Numidia estuvieron marcadas por una combinación de conflictos y alianzas estratégicas. Tras la derrota en la Segunda Guerra Púnica, Roma impuso duras condiciones a Cartago, obligándola a ceder su imperio en Hispania, pagar una indemnización durante 50 años y obtener la autorización romana antes de emprender cualquier guerra. A pesar de estas restricciones, Cartago logró revitalizar su economía a través de una agricultura intensiva en sus territorios interiores y el comercio de sus excedentes. Sin embargo, la ciudad enfrentaba tensiones constantes con su vecino, el rey Masinisa de Numidia, a quien Roma había recompensado en 201 a.C. con un reino ampliado, y que, no contento con ello, había continuado expandiendo su territorio a lo largo de las siguientes cinco décadas con el beneplacito del Senado. Durante los últimos años antes del estallido de las hostilidades, arrecia la presión nómida sobre algunas de las tierras más feraces en posesión del Estado púnico, que termina provocando un enfrentamiento abierto entre los dos estados, el nómida y el cartaginés, y, finalmente, la entrada de Roma en el conflicto.

EL CONTEXTO HISTÓRICO



LA ECÚMENE

A mediados del siglo II a. C. la parte del mundo habitada y conocida por griegos, romanos y «bárbaros» alrededor del mar Mediterráneo y el mar Negro se conocía en griego como la *oikumene*, que deriva en la palabra latinizada ecúmene. Con este topónimo, empleado a lo largo de la novela, alguien que viviera en aquella época reconocería el mundo que se extendía en tres continentes –Europa, África y Asia–. A lo largo del siglo III a. C. Roma y Cartago se enfrentaron dos largas guerras que culminaron en una victoria para los romanos, que se hicieron con el control del Mediterráneo occidental, pusieron un pie en Hispania –iniciando una conquista que duraría dos siglos– y redujeron a los cartagineses a ser una ciudad-Estado de segunda fila.

En el Mediterráneo oriental, por su parte, los reinos sucesores del imperio de Alejandro Magno, es decir, Macedonia, Egipto y el reino seléucida, enfrentadas y aliadas entre sí en conflictos a lo largo de esa centuria previa, guerrearon con los romanos (Macedonia y los seléucidas) o se situaron bajo su protección (el Egipto de los Ptolomeos). Para cuando se produjo el último conflicto entre romanos y cartagineses (149-146 a. C.), Macedonia había sido derrotada por la loba romana y desaparecido como reino casi dos décadas antes, el reino seléucida se hundía en crisis internas y en su patio trasero oriental se veía asediada por los partos (un pueblo sucesor de los persas), y Egipto se situaba a un paso de ser un protectorado romano. Roma aún no controlaba todo el Mediterráneo, pero el *Mare Nostrum* cada vez estaba más cerca.

LA POLÍTICA EN ROMA

Desde finales del siglo III a. C. y a lo largo de la primera mitad del II, la *res publica* o el Estado romano (la República, como se la conoce) asistió a una serie de pugnas entre facciones políticas, formadas por las principales familias patricias y plebeyas (que conformaban la *nobilitas*), y que se disputaban los consulados y censuras, las magistraturas más preciadas, así como los mandos militares (y gobiernos provinciales) que, a su vez, permitían la concesión de un triunfo, la máxima gloria que podía conseguir un general romano.

Desde la pugna entre Escipiones y Fabios Máximos en la etapa final de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.), el predominio político en Roma se sucedió por parte de efímeras alianzas entre estas familias (los Escipiones, los Fabios, los Emilios, los Claudios, los Fulvios) que, en la época en que transcurre esta novela (154-146 a. C.) había llegado a un cierto equilibrio, destacando el propio Graco, el anciano Catón el Censor y un joven Escipión Emiliano en auge, que empezó a

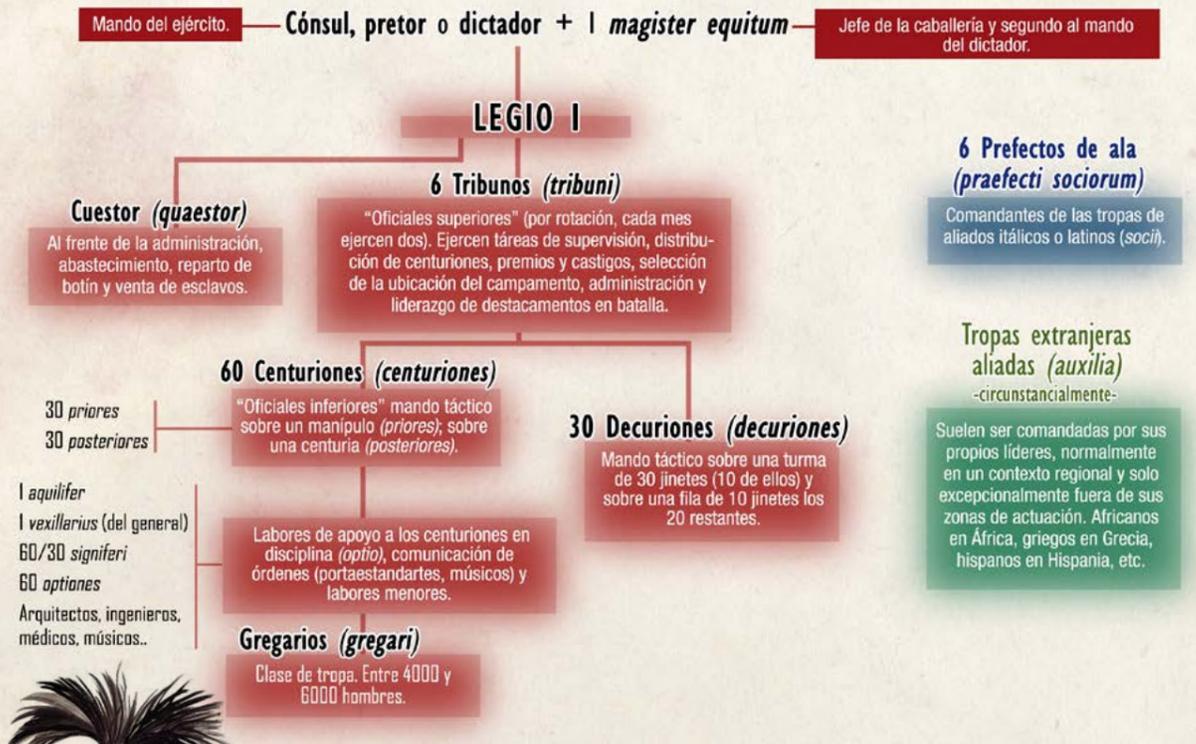
formar su propia facción. Es también una época en la que la educación helenística, o a la griega, ha llegado a algunas de estas familias (los Escipiones y los Emilios, por ejemplo) y despierta el recelo de los sectores más conservadores de la *nobilitas*, con Catón el Censor al frente. La política de bloques también tendrá una derivada en una guerra cultural, por emplear términos modernos.

LAS LEGIONES A MEDIADOS DEL SIGLO II A. C.

El ejército romano, en origen formado por aquellos ciudadanos que podían pagarse las armas y el equipamiento en función de la escala censitaria a la que pertenecían, empezaba a cambiar como consecuencia de las guerras púnicas. Con campañas fuera de Italia que se iban sucediendo, como en Hispania y en Grecia, el perfil del soldado-campesino que regresaba a su hogar en invierno cada vez era más escaso. El hecho de no poder regresar a su hogar en la temporada invernal, impidió a muchos de los soldados-campesinos mantener las tierras cuyos beneficios permitían que se mantuvieran según su estatus censitario. A mediados de siglo muchos de los pequeños propietarios habían perdido o malvendido sus tierras a grandes propietarios, y ya no podían formar pagarse su equipamiento militar, por lo que se empezaron a relajar las exigencias censitarias para el reclutamiento, pero era la pescadilla se comía al cola. Hacia finales del siglo II a. C., ya se evolucionó a un ejército más profesionalizado y sin tener en cuenta la riqueza personal.

Por otro lado, se perfeccionó la estructura de la legión romana. Con el cónsul, los legados, los tribunos y los centuriones como oficiales al mando, en una cadena de mando muy firme, los soldados se distribuían según su armamento en *velites* (infantería ligera), *hastati* y *principes* y *triarii* (los tres ya eran infantería pesada según edad y experiencia). Agrupados en centurias de 80 hombres, lideradas por un centurión que mantenía la cohesión, en combate dos centurias formaban un manipulo, y tres de estos formaban una cohorte, la décima parte de una legión. Y las cohortes se disponían en tres líneas, o *acies*, en el campo de batalla, con *hastati* en primera línea, *principes* en el centro y *triarii* en retaguardia. Hay que añadir la caballería, estructurada en turmae o escuadrones, y los auxiliares, las tropas de

EJÉRCITO CONSULAR REPÚBLICA MEDIA - ESCALA DE MANDOS DE UNA LEGIÓN TIPO



© Pablo Outeirral

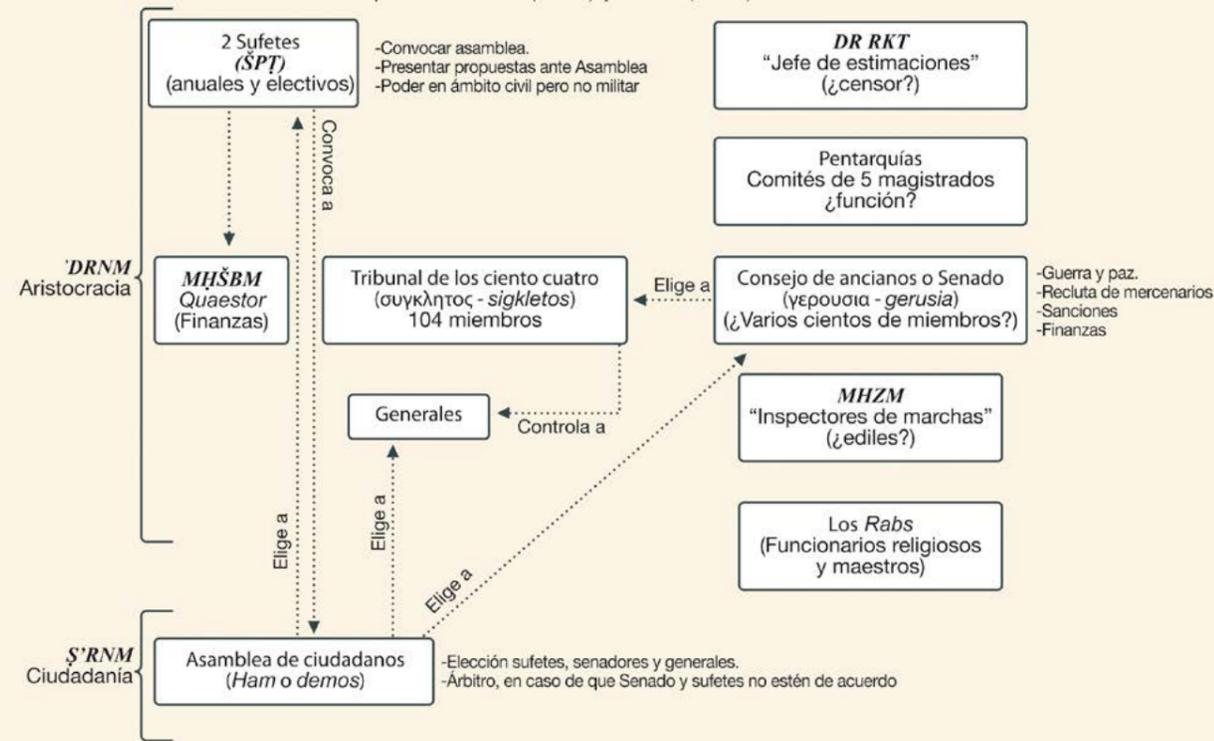
los aliados itálicos. La construcción y mantenimiento de campamentos, las marchas y el mantenimiento de la disciplina serán esenciales cuando no haya combates. Recompensas y castigos se distribuirían para premiar acciones y mantener la disciplina.

CARTAGO

La situación de Cartago durante la primera mitad del siglo II a. C. fue de recuperación económica pero también de indefensión ante los ataques de su vecino, el reino de Numidia, que siempre tuvo el apoyo de Roma. Las duras condiciones que impuso Roma al final de Segunda Guerra Púnica –una «paz cartaginesa» que en tiempos modernos evoca las que se impusieron a Alemania con el Tratado de Versalles al final de la Primera Guerra Mundial–, y que obligaba a los púnicos a destruir su flota de guerra, desmovilizar la mayor parte de su ejército y pagar una enorme indemnización durante cincuenta años, en poco tiempo fueron perdiendo peso, al menos en cuanto al pago de la indemnización: la recuperación económica de Cartago fue rápida e incluso ofrecieron pagar la cuantía en pocos años. En cuanto a la marina cartaginesa, diversas embajadas romanas para mediar entre Cartago y el rey Masinisa de Numidia, hacen entrever que los púnicos acumulaban materiales para una eventual reconstrucción de naves.

Organigrama institucional cartaginés en vísperas de la Tercera Guerra Púnica

a partir de Tsirkin (1986) y Lancel (1992)



En cuanto al desarrollo de la política cartaginesa, el historiador Apiano habla de tres «partidos» o facciones: uno partidario de Roma, otro «demócrata» en defensa de los intereses de la ciudad y un tercero a favor del rey númida Masinisa. La imagen que transmiten las fuentes son las de una ciudad con un consejo de ancianos o Senado como el romano que decidía la política exterior y las finanzas, unos magistrados principales llamados sufetes anuales y electivos con potestades civiles, y una asamblea popular, que elegía a los sufetes y a los generales del ejército (a su vez controlados por un tribunal de 104 miembros elegido por el Senado), que son los que se encargaban de las operaciones militares. Este aparente equilibrio de poderes, algo idealizado por las fuentes, entró en crisis los ataques de Masinisa y la connivencia de las embajadas romanas con el rey númida desembocaron en la Tercera Guerra Púnica.

LA TERCERA GUERRA PÚNICA

A lo largo de la década de los años 150 a. C., desde Roma los más belicistas, con Catón al frente, poco a poco impusieron la opción de acabar el trabajo que no se hizo en 201 a. C.; destruir Cartago. Una campaña púnica contra los númidas, hartos de las escaramuzas de Masinisa, finalmente fue la excusa que el Senado romano utilizó para exigir que los púnicos abandonaran la ciudad y se instalaran en otra parte. Cartago, evi-

dentemente, se negó y se preparó para una guerra que duraría tres años (149-146 a. C.).

En la nueva contienda Roma puso a los dos cónsules del año 149, Manilio y Censorino al frente del ejército y la marina, respectivamente. Pero la ciudad púnica, resguardada por sus imponentes murallas, resistió los primeros ataques romanos. Un ataque a Néferis, donde el comandante Asdrúbal temía el grueso de las fuerzas cartaginesas, fracasó. En esta primera etapa, Escipión Emiliano fue tribuno militar y ganó fama y honores por algunas acciones. Las cosas no mejoraron en 148 a. C., con el cónsul Pisón Cesonino al frente, y un ataque del prefecto de la flota Hostilio Mancino contra las murallas de Cartago pudo acabar en tragedia. La opinión pública en Roma exigió cambios y se designó cónsul para el año 147 a Escipión Emiliano, aun cuando este no cumplía los requisitos. Con él empezó la última fase de la guerra, con un bloqueo del puerto cartaginés, el asedio firme de la ciudad –en el ataque a la muralla del barrio de Mégara tuvo un papel destacado el joven Tiberio Graco– y la destrucción del ejército de Asdrúbal en Néferis. Finalmente, en la primavera de 146 a. C. tuvo lugar el asalto final, que tuvo que disputarse calle por calle en la colina de Birsá, forzando finalmente la rendición incondicional. Esta vez Cartago no tendría una nueva oportunidad y fue destruida hasta los cimientos y lo que quedaba de su población fue esclavizada.



© Radu Oltean

DESPIERTA FERRO
EDICIONES

DRAMATIS PERSONAE

Tiberio Sempronio Graco (ca. 165-133 a. C.)

La figura y la época de Tiberio Graco se han analizado en el ámbito académico, pero hasta ahora no teníamos una novela que recreara la vida del personaje. Aquí conocemos al niño de 11 años y al joven de 18 que empezará a ser consciente de la complejidad política y social de Roma y el mundo que la rodea. Un muchacho con un alto sentido de la justicia y que no se doblega ante nada ni nadie, pero que deberá aprender a labrarse su futuro político y militar en una Roma de facciones políticas enfrentadas entre sí por el poder y los beneficios de las conquistas. ¿Podrá encajar el joven heredero de los Sempronios Gracos, y nieto carnal de Escipión el Africano, en la feroz lucha política y servir como tribuno bajo el mando de su primo Escipión Emiliano en la guerra contra Cartago?

Publio Cornelio Escipión Emiliano (ca. 185-129 a. C.)

Uno de los personajes más destacados de la Roma republicana: cónsul dos veces, conquistador de dos ciudades (Cartago y Numancia), triunfador y censor. Hijo de Emilio Paulo, quien venciera a Perseo de Macedonia, el reino de Alejandro Magno, y adoptado por el hijo de Escipión el Africano, se convierte en el jefe de dos de las principales familias de la élite romana y en un consumado político. Ambicioso y de difícil trato social, Emiliano se muestra como un feroz rival para sus enemigos. Valora mucho a su primo (y cuñado, pues está casado con su hermana Sempronía) Tiberio Graco, de quien se erige en mentor, pero también exige lealtad absoluta y no dudará en utilizar todas las armas a su disposición para que esa fidelidad sea incontestable... o el aliado se convertirá en enemigo.

Tiberio Sempronio Graco padre (ca. 220-154 a. C.)

Uno de los políticos más perspicaces de su época, capaz de erigirse en una figura de consenso entre las diversas facciones políticas, es un ejemplo para su hijo. Dos veces cónsul, censor, gobernador provincial y embajador, Graco sénior fue enemigo de Escipión el Africano, pero más tarde de su aliado y el marido de su hija Cornelia. Pragmático por naturaleza, buen patrón de sus clientes y un padre tardío que se da cuenta de que no ha dedicado el tiempo necesario a sus hijos, en especial a un joven Tiberio que necesita que lo eduquen y formen en una Roma cada vez más convulsa.

Cornelia (siglo II a. C.)

La hija pequeña de Escipión el Africano, durante su niñez fue testigo de la caída política de su padre y de su exilio alejado de su ingrata patria, y eso la ha marcado desde entonces. Casada muy joven Tiberio Graco sénior, mayor que ella, aprendió a quererle y le dio numerosos hijos, de los que solo sobrevivieron tres: Sempronía, Tiberio y Cayo. Severa y consciente de su papel como hija, esposa y madre de nobles romanos, se erige en el modelo de la matrona respetable y en ejemplo para todas las mujeres de su clase. Pero ello tiene la contrapartida de no ser especialmente amorosa y dulce con sus hijos, a los que educa con rigor para ser dignos herederos de dos importantes familias romanas.

Apio Claudio Pulcro (ca. 185-ca. 130 a. C.)

Cabeza de una de las familias patricias más influyentes en Roma, es también el líder de la facción política rival de

la de Escipión Emiliano, quien particularmente le desagrada. Futuro suegro de Tiberio Graco –el padre de este le ofreció una alianza matrimonial a la vez que política–, se erige en su particular mentor en Roma, contraponiéndose al papel que Emiliano ejerce en África con el joven Graco, y le inicia en las complicadas redes de la política senatorial y defendiendo los intereses de los Sempronios Gracos mientras el joven está en África.

Cayo Lelio (siglo II a. C.)

Amigo íntimo de Escipión Emiliano, como su padre Lelio el Viejo estará vinculada a la casa de los Escipiones. Mano derecha y legado de Emiliano en la guerra contra Cartago, aprecia al joven Tiberio Graco y también le protegerá en sus inicios como tribuno. Lelio es un amigo fiel pero también un testigo de las ambiciones, y la crueldad, de un Escipión Emiliano que en ocasiones actúa con brutalidad y despecho hacia quienes fueron sus fieles aliados.

Polibio de Megalópolis (ca. 200-ca. 118 a. C.)

Historiador griego, en su juventud fue uno de los rehenes que llegaron a Roma tras la derrota de Perseo de Macedonia y de sus aliados en Grecia. Preceptor de Emiliano en su juventud, se convirtió en su amigo y le acompañó en varios de sus mandos militares como civil. En Cartago, por ejemplo, Emiliano lo utiliza como su cronista personal y gracias a su testimonio tenemos muchos detalles del asedio y la toma de la ciudad púnica.

Sofonisba

Personaje histórico mencionado por Polibio para los últimos momentos de la existencia de Cartago, es la esposa de Asdrúbal, el comandante supremo del ejército cartaginés, hija de un destacado noble de Cartago y madre de dos niños. Encarna el orgullo y el tesón del pueblo cartaginés, capaz de hablar de tú a tú con Escipión Emiliano, y mantiene una relación algo más estrecha con el joven Tiberio Graco, a quien aconseja sobre cómo acercarse a su peligroso marido.

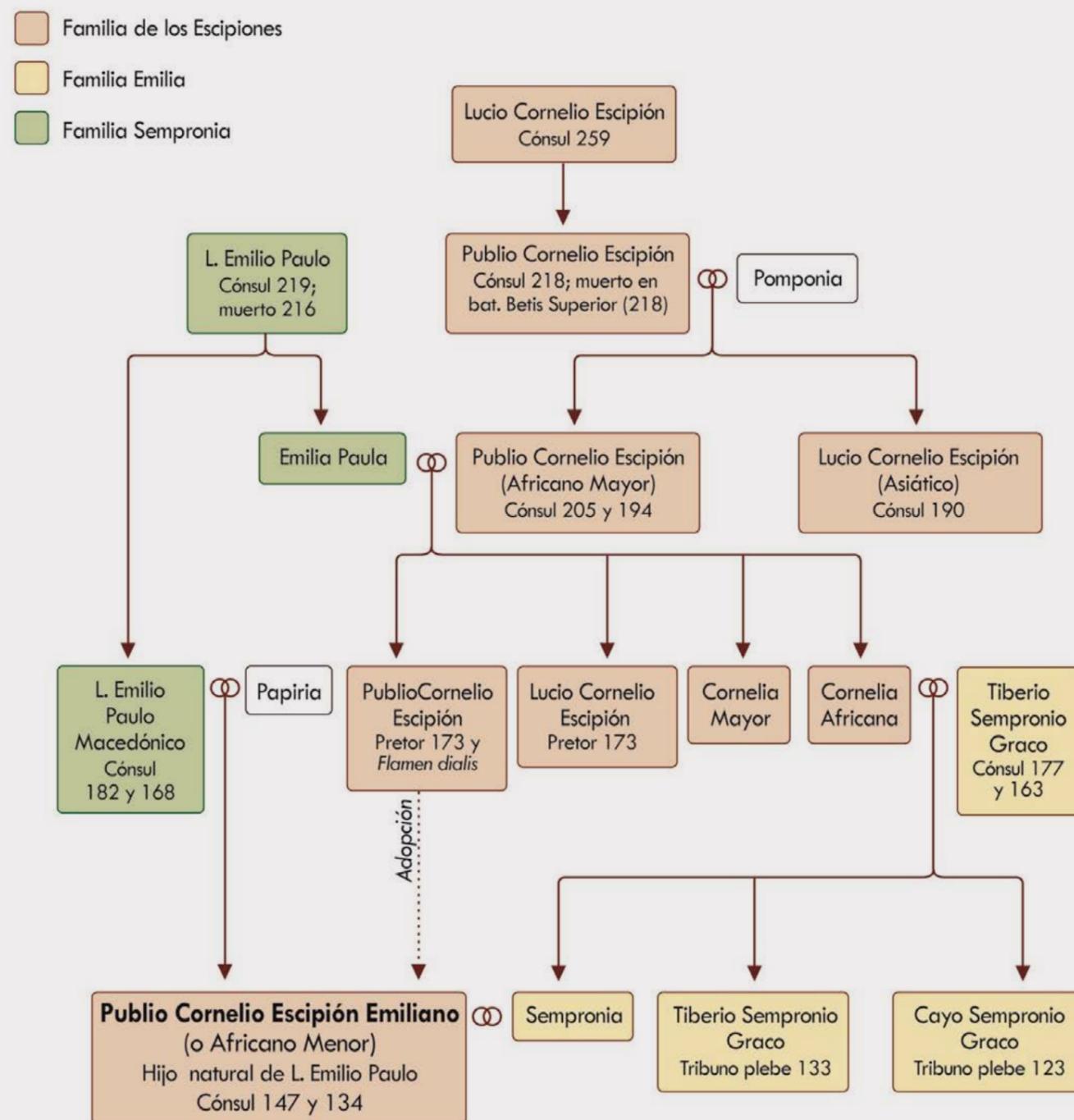
Pertinax

Personaje ficticio, Pertinax representa la figura del esclavo doméstico. Desde que naciera Tiberio Graco, se ha dedicado por completo a su crianza y cuidado por encargo del padre del muchacho. Pertinax es fiel y devoto, y entrega al niño Tiberio todo el amor que sus padres no le han podido dar. Es consciente de que en casa de los Sempronios Gracos goza de una seguridad y un trato digno que muchos esclavos, sobre todo en el campo o en las minas, y aprenderá que hay un mundo más cruel del que puede imaginar.

Quinto Opio y Tito Cluvio

Personajes ficticios, encarnan a un centurión y un optio (lo que vendría a ser un cabo en graduaciones modernas) de una de las legiones que participan en el asedio a Cartago. Con ambos personajes el tribuno Tiberio Graco, su superior, aprenderá sobre el combate en primera línea y será testigo de su valor; así como de los solados de los manípulos que comandan ambos. Opio, un oficial riguroso y de «vieja escuela», y Opio, un optio simpático y valeroso, ayudarán a Tiberio a convertirse en un tribuno que será muy apreciado por sus soldados.

Genealogía de la familia de los Escipiones (s. II a. C.)





Megara

Triple muralla

Muralla

Naiskos

Zona industrial y de vertidos

El tophet

Puerto comercial o Cotón

El malecón

Puerto militar

Ágora o plaza pública

Templo del dios Reshef

Muralla primitiva

Barrio de Magón
(según terminología moderna)

Zona industrial y de vertidos

Vía principal al continente

Barrio de Aníbal

Colina de Birsa

Colina de Juno

Colina de Odeón

VISTA AÉREA DE CARTAGO

Vista de la ciudad de Cartago a mediados del s. II a. C. conforme a las interpretaciones de S. Lancel e I. Fumadó Ortega. La ciudad se encuentra en el extremo oriental de una península, separada del continente por un istmo de 25 estadios de ancho -unos 4,6 km- (Apiano, Lib. 95).

ROMA

La ciudad a mediados del siglo II a. C. no es aún la Urbe monumental de época imperial: paseando por sus calles no encontraremos el Coliseo, los palacios de los césares en la colina del Palatino o el Panteón. Es la Roma aún cerrada dentro de las murallas que construyera el rey Servio Tulio en el siglo VI a. C., pero que ya empezaba a verse desbordada por la llegada de una enorme mano de obra –jornaleros y pequeños propietarios desposeídos de sus tierras, esclavos procedentes de las conquistas, itálicos que buscan una oportunidad en la ciudad–, que trabajarían en diversas obras o que pulularían por las muchas tabernas.

El Foro Romano sí empezaba a parecerse a como sería después, con la Curia senatorial, las primeras basílicas a un lado y otro de la plaza, los rostra o la plataforma de los oradores, el templo de Saturno o erario público, y los diversos templos del Capitolio –hacia donde se dirigirá Escipión Emiliano durante su desfile triunfal al final de la novela–, las tiendas y las insulae o bloques de apartamentos. La Roma en la que el pequeño Tiberio Graco pasearía acompañado del esclavo Pertinax estaría cada vez más llena de habitantes y había zonas que eran peligrosas, como la Subura. Ya se anticipaba la que sería la capital de un imperio romano entonces en formación.

CARTAGO

La gran capital púnica vivía en vísperas de la Tercera Guerra Púnica un período de recuperación tras la derrota contra los romanos cincuenta años atrás. A causa de las escaramuzas y disputas con el rey Masinisa de Numidia, el territorio púnico en el norte de África cada vez era más reducido, pero los púnicos seguían siendo un enemigo temible, y como el anciano Catón el Censor insistía machaconamente en el Senado («¡Cartago debe ser destruida!»).

Su triple muralla cerraba el istmo de Túnez y protegía el interior: primero el barrio de Mégara, extensa zona agrícola que alimentó a la población asediada desde 149 a. C., y a continuación la propia zona urbana de Cartago. En ella destacaba el doble puerto –militar, de forma circular, y comercial– y la colina de Birsa, en la que se ubicaban los principales templos, los edificios gubernamentales y los palacios de la élite. Precisamente será la conquista de esta colina, calle a calle, edificio a edificio, y ante la resistencia a ultranza de la exhausta

población púnica (ancianos, mujeres y niños, en su mayor parte), la que determinará los últimos días de Cartago; en cierto modo, un «Stalingrado púnico».

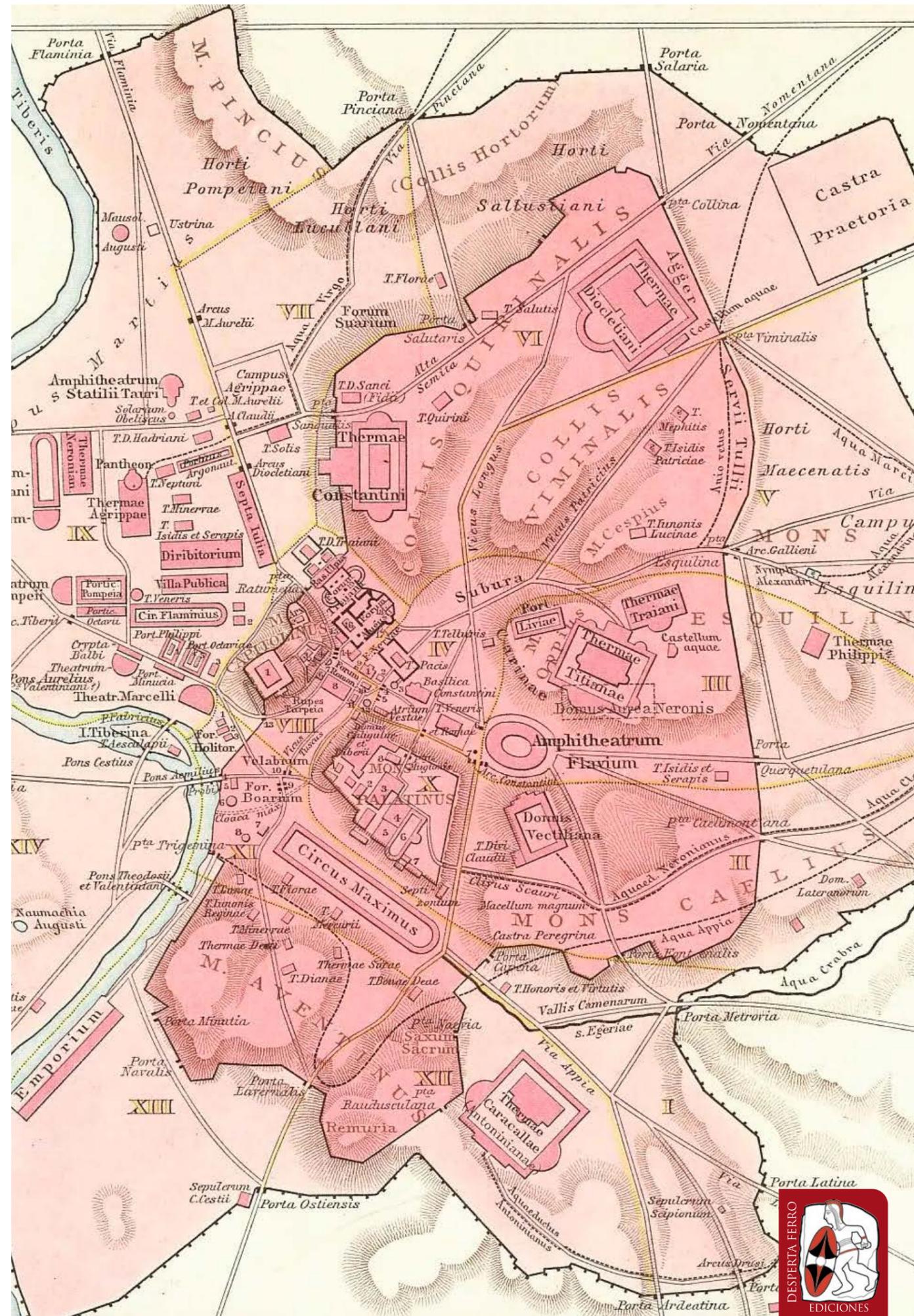
CASTRA CORNELIA

Construido durante la Segunda Guerra Púnica, en 204 a. C., por Escipión el Africano, albergó a las legiones que este trajo a África para derrotar a los cartagineses, como tuvo lugar dos años después en Zama. Abandonado entonces, el campamento fue abandonado. En la novela estos campamentos son reconstruidos por los cónsules romanos del año 149 a. C., y desde entonces forman el campamento central desde el que los romanos iniciarán el asedio de Cartago. A estos campamentos llega el tribuno Tiberio Graco en otoño de 147 a. C. y se instala en el pretorio, la tienda del cónsul Escipión Emiliano, que era también su primo. A lo largo de la segunda mitad de la novela veremos reuniones constantes en el pretorio para diseñar diversas operaciones militares, en particular el asalto final. El pretorio y las tiendas de legados y tribunos contarían con equipamientos para el descanso de sus ocupantes, así como sirvientes esclavos que se encargarían de las necesidades básicas.

NÉFERIS

Esta ciudad estaba situada a unos cincuenta kilómetros al sur de Cartago y fue una de las pocas que se mantuvieron fieles a los púnicos cuando estalló la guerra. A sus afueras se instaló la base de operaciones de Asdrúbal, el comandante de las tropas cartaginesas, y contra ella se realizó una primera campaña en 149 a. C., por parte del cónsul Manilio, pero fracasó. Desde entonces albergó la principal fuerza militar cartaginesa, que amenazaba a los romanos mientras asediaban a la propia Cartago. Destruir ese ejército púnico en el interior era un paso ineludible antes de iniciar el asalto final a la capital púnica. En la novela Asdrúbal se refugió en Néferis tras huir de Cartago y se atrincheró allí –y recibió a una embajada romana con el joven Tiberio Graco al frente–, hasta ser derrotado en el invierno de 146 a. C.; entonces abandonó a su ejército y regresó de nuevo a la capital para hacerse cargo de la resistencia ante el último asalto romano, y finalmente se rindió con el resto de los generales ante el triunfante Escipión Emiliano.

Nuestra novela se complementa con un posfacio escrito por Óscar González Camaño, historiador especialista en la época, que incide sobre el período histórico en el que se sitúa la novela y los principales temas que se desarrollan en ella, un contexto histórico con el que entender mejor los personajes y la época recreados.





ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a Luis Manuel López Román, el autor de esta novela, la primera que publica con Desperta Ferro.

Una pregunta muy básica, pero que también nos permite conocerte un poco mejor: ¿quién es Luis Manuel López Román?

Nací en Madrid, y mi vida ha estado ligada a esta ciudad hasta el día de hoy, con breves periodos de estancia en ciudades como Berlín o Pisa. Desde muy pequeño fui un lector contumaz, y pocas cosas me hacían más feliz que tumbarme en la cama con un buen libro en las manos. Sin embargo, el deseo de dedicarme a las humanidades fue bastante más tardío, ya que durante mucho tiempo quise dedicarme a la biología en alguna de sus facetas. Fue un profesor de latín, allá por los tiempos del antiguo segundo de BUP, el que me abrió las puertas del fascinante mundo de la Roma antigua y el que consiguió que me enamorara de ella. Tras aquellas clases mi proyecto de vida cambió por completo: estudié His-

toria y Filología Clásica, una decisión de la que jamás me he arrepentido. Durante un tiempo, me obsesioné con la idea de dedicarme a la investigación y la docencia universitaria, pero el desencanto con este mundo no tardó en llegar. Desembarqué así, como tantos otros por casualidad, en la docencia en secundaria, y aquí encontré otra de mis grandes vocaciones. Pocas sensaciones he encontrado en mi vida más plenas que la de ver el brillo de interés en los ojos de un alumno,

«Tiberio Graco tiene todos los ingredientes para construir una buena historia capaz de enganchar al lector.»

el agradecimiento de un adolescente cuyos problemas has escuchado o el de una familia a cuyo hijo has ayudado a conseguir un objetivo. Trabajar con adolescentes me ofreció una vida plena y cargada de significado, y decidí que esto era lo que quería hacer en la vida.

Mientras tanto, seguí desarrollando otra de mis grandes pasiones: la escritura. Empecé a escribir como quien hace algo malo, en secreto y sin compartir con nadie ni una sola línea. De aquellos primeros años guardo cientos de páginas manuscritas con nove-

las sin terminar, relatos esbozados y proyectos que no iban a ninguna parte. Solo con la madurez comprendí que la escritura no era tanto un ejercicio artístico en el que uno depende de las musas y su beso etéreo y caprichoso como un oficio de constancia, rigor y sacrificio. Entonces entendí que la clave para escribir no era otra que plantar el culo en la silla y teclear durante horas para después corregir y seguir tecleando. Y en esa tesitura nos encontramos ahora, compaginando la labor de la docencia con la escritura y robando tiempo al sueño y al ocio para lograr que ambas facetas se desarrollen con plenitud.

Desde un punto de vista más personal, soy padre de dos hijos, Óliver y Kiran, que son la fuente de mis mayores satisfacciones al tiempo que de mis mayores miedos. Cuando las fuerzas flaquean, son ellos los que me empujan a seguir adelante. Mis hijos son el motor de mi vida, lo que da sentido a todo.

De entrada nos podríamos preguntar: ¿por qué una novela sobre Tiberio Graco?

Es un personaje que me ha fascinado desde mis primeros acercamientos a la historia de Roma. Y no es de extrañar, porque los propios romanos vivieron durante siglos fascinados por este personaje y su leyenda... Sin embargo, hasta donde sé nadie le había dedicado hasta la fecha una novela en español en exclusiva que explorase su vida y su trayectoria política. Esta falta de atención por parte de la novela histórica siempre me ha llamado la atención, ya que Tiberio tiene todos los ingredientes para construir una buena historia capaz de enganchar al lector. Nieto de Escipión el Africano, combatió como tribuno en la guerra que culminó con la destrucción de Cartago, ejerció como cuestor en una Numancia asediada y protagonizó uno de los tribunados más polémicos de la historia de Roma. Tiberio lo tiene todo para llenar muchísimas páginas con una buena narración. Como lector, me habría encantado tener entre manos una novela así.

¿Qué sabemos del personaje en su juventud? Las fuentes más bien son escasas... ¿Ha supuesto un hándicap o una oportunidad?

Muy poco nos cuentan las fuentes clásicas, por suerte o por desgracia; Plutarco mismo apenas entra en una comparativa con su hermano pequeño Cayo... y zas, ya lo vemos, muy brevemente en las murallas de Cartago. Y digo por suerte porque eso, como novelista, me ha

dado una gran libertad para reconstruir el personaje y crear una historia que, aunque resulte coherente con su tiempo y con los datos que sí conocemos, se ha movido por los márgenes que yo he querido. Y por desgracia, porque, como historiador que soy, me habría gustado contar con más fuentes. Pero tenemos lo que tenemos: algunas líneas en la biografía de Plutarco, como decía, algunas menciones en Cicerón (que destacó su buena oratoria)... y prácticamente nada más en cuanto a su juventud, ya se trasladan a la cuestión agraria y su tribunado de la plebe. Lo demás lo tenemos que extraer de las vidas de otros personajes que fueron coetáneos suyos o directamente jugar a suponer cómo habría sido este personaje antes de comenzar su carrera política.

La novela tiene unas dos primeras partes que transcurren en Roma (y alrededores). ¿Cómo era entonces la ciudad?

Esta Roma de mediados del siglo II a. C. era muy diferente de la gran urbe que el lector medio tiene impresa en su retina como fruto del cine y de otras novelas. Hay que pensar que faltaban aún más de doscientos años para que se construyera el Coliseo, por ejemplo, y ciento cincuenta para que Augusto comenzara lo que él mismo definió como la transformación de una Roma de ladrillo en una ciudad de mármol. La Roma de la infancia y la juventud de Tiberio Graco es una ciudad que ya se ha convertido en la principal urbe del Mediterráneo occidental y que ha iniciado un proceso de cambio gracias a las estructuras imperiales que ha construido, qué duda cabe; pero que aún

está lejos de ser el crisol de culturas y cosmopolitismo que llegará a ser en tiempos posteriores. Estamos en la bisagra entre la Roma de campesinos soldados que dejaban el arado cada verano para ir a combatir, y este es un proceso que ya está desapareciendo, pues las campañas en Hispania obligarán a estos soldados a permanecer fuera de sus hogares durante años, y la Roma de las calles atestadas de gente procedente de todo el Mediterráneo que nos describirán Marcial o Juvenal dos siglos más tarde.

La política senatorial tiene una presencia destacada en la novela. ¿Qué cuestiones se debatían en el período que trata la novela (154-146 a. C.)?

También en la cuestión política estamos ante una época de cambio. Las estructuras que habían llevado a Roma a ser la dueña de Italia y de ahí dar el salto

«Con la madurez comprendí que la escritura no era tanto un ejercicio artístico en el que uno depende de las musas y su beso etéreo y caprichoso como un oficio de constancia, rigor y sacrificio.»

para imponerse sobre Cartago o Macedonia comenzaban a quedarse obsoletas, y esto estaba generando una crisis que los propios romanos no supieron interpretar ni abordar hasta un tiempo más tarde. Los legionarios tenían que pasar largos años en campaña, y eso resultaba incompatible con el modelo de campesino combatiente de las ciudades-Estados de períodos anteriores, como en la Grecia clásica. Por otro lado, las victorias en África y en el este habían llevado a Roma un torrente de riquezas y de influencias foráneas que habían cambiado la visión de la vida que tenían los propios senadores. La austeridad de los Cincinatos del pasado, por ejemplo, quedaba ya muy lejos. Y de fondo de todo esto nos encontramos con un Senado que intenta mantener su autoridad incontestada sobre el resto de las instituciones de la República, o la *res p[ub]lica* como escribimos en la novela, y con unos magistrados que cada vez tienen más poder gracias a su carisma personal y su éxito al frente de las legiones. El sistema aristocrático empieza a resquebrajarse y comienzan a surgir las individualidades y los poderes personalistas que, con el paso de varias décadas, precipitarán el final de las estructuras republicanas. Es, sin duda, un tiempo fascinante de cambio y evolución, ideal para recrear desde la ficción histórica. Siempre nos fascinan los períodos de transición de un régimen a otro, y en esta época es cuando empieza a percibirse, aunque fuera sutilmente, unos cambios que irán a más. Y con Tiberio Graco fueron a más... pero no nos adelantemos.

La novela recrea la juventud de Tiberio Graco, pero otros personajes históricos del período también merecen una especial atención. Para empezar, sus padres, Tiberio Sempronio Graco y Cornelia. En particular, la madre tiene un perfil que se aleja un poco del estereotipo creado ya en su propia época. El personaje de Cornelia es una pieza esencial en esta historia. La madre de Tiberio y Cayo Graco se convirtió en una leyenda ya en vida: los romanos de su tiempo la veneraban como a un mito encarnado. Hay que pensar que fue la primera mujer a la que el Senado le dedicó una estatua pública, y también la primera cuya obra literaria en latín, sus cartas, fue publicada y leída. Por este motivo, los autores que nos hablan de Cornelia no nos hablan de una mujer, sino de un estereotipo de la

perfecta matrona romana, marcada por la entrega a su familia, por la desgracia y por la respuesta virtuosa ante la misma. Con estos datos era difícil reconstruir una mujer que fuera creíble, ya que tenía que ser humana. Sin embargo, Cornelia es uno de los personajes que más he disfrutado reconstruyendo. Aunque el protagonista de la novela es su hijo Tiberio, Cornelia está cerca de robar el foco de atención en muchos momentos de la trama.

Dedicas la novela a tu padre y en ella el personaje de Tiberio Graco padre tiene mucha entidad. ¿Estuvo tu padre, quizá, como inspiración para recrear el lado personal, más humano, de un político romano del que apenas conocemos su esfera pública pero casi nada de la privada?

Mi padre ha sido siempre una figura esencial en mi vida. Cuando me preguntan qué es lo que mejor recuerdo de él siempre respondo que lo grande que era, en todos los sentidos. Además de medir casi un metro noventa de corpulenta presencia, mi padre era un hombre con una gran seguridad, y esto se lo transmitió a sus hijos durante toda su vida. Hasta el día en el que murió, yo estaba convencido, todavía lo estoy, de que no había problema en el mundo que mi padre no pudiera resolver. Mi padre era mi red de seguridad, el puerto seguro en el que mi barco podía refugiarse en caso de tempestad. Y esa red no falló nunca, jamás. A día de hoy, cuando tengo dudas o miedos, pienso en cómo habría actuado mi padre en esas circunstancias, y de alguna manera esa idea me transmite fuerza y confianza. Ya no está conmigo físicamente, pero siento que me acompaña en cada momento, y que si me mantengo fiel a lo que él fue no habrá problema que yo no sea capaz de resolver.

Yo perdí a mi padre cuando tenía casi cuarenta años. Tiberio Graco no tuvo tanta suerte: perdió al suyo solo con diez años. Mientras escribía la novela pensé mucho en lo que debe de ser asumir una pérdida semejante a una edad tan temprana. Tiberio Graco padre era además uno de los hombres más importantes de la República en su tiempo, un hombre que llegó a ser cónsul varias veces, censor, a celebrar triunfos tras sus victorias, a construir una red de clientela que abarcaba desde Hispania hasta oriente. Tiberio Graco creció sin padre pero al mismo tiempo bajo la sombra inmensa de ese héroe de la República al que debía emular si

pretendía estar a la altura de su linaje. El Tiberio Graco que he creado para mis novelas encuentra en la figura de su padre una fuente constante de inspiración y de fuerza. Para él, como para mí, estar a la altura de lo que a su padre le habría hecho sentir orgulloso es casi una obsesión. En ese sentido, hay mucho de mí en Tiberio Graco.

Hablando de eso último que comentas, toda novela, en cierto modo, es «autobiográfica», uno siempre acaba poniendo algo de sí mismo en los personajes. ¿Hay algo más de ti en esta novela?

Aparte de la ya citada relación con la figura paterna ausente, creo que las dos facetas que más me enamoraron de Tiberio Graco cuando me acerqué al personaje por primera vez fueron su sensibilidad social y su coherencia. Evidentemente, sería un error atribuir a Tiberio Graco una intención revolucionaria o, peor aún, hacer de él un campeón de la clase trabajadora, como pretendieron hacer los historiadores del siglo XIX. Pero sí está presente en él una conciencia de que los ciudadanos romanos más necesitados tenían una situación vital miserable y de que con sus reformas podía mejorar sus vidas al tiempo que solucionaba algunos de los grandes problemas de la República. Y desde luego, Tiberio fue coherente con sus ideas hasta el final, llegando al punto de dejarse la vida defendiendo sus reformas. Estas dos cualidades, conciencia social y coherencia vital, son dos de las que más admiro en una persona y que intento que estén presentes en mí mismo.

Entre los personajes históricos del período tenemos a Marco Porcio Catón el Censor, alguien que no puede faltar, y todo un personaje en sí mismo...

Es un Catón ya anciano en la época en que Tiberio era niño, pero un Catón que todavía daba mucha guerra en el Senado, desde luego. Como principal rival de la *factio* de los Escipiones, a la que la infancia y la juventud de Tiberio estuvieron muy ligadas, Catón debía tener un peso importante en las primeras páginas de la novela. Creo sinceramente que es un personaje al que la ficción no le ha hecho justicia, ya que va más allá del estereotipo de hombre rígido y severo, defensor de la moral tradicional y destructor de todo lo griego. Catón merecería un análisis novelístico más profundo.

Publio Cornelio Escipión Emiliano se erige en el otro gran personaje de la novela, sobre todo en su segunda mitad. ¿Qué sabemos de él y qué se ha reflejado en la novela?

Escipión Emiliano fue sin duda el gran hombre de su generación. Junto con Cornelia, es el personaje al que más tiempo de reflexión he dedicado. Uno podría pensar que sabemos mucho acerca del hombre que destruyó Cartago y Numancia, pero lo cierto es que no es así. Para reconstruir su biografía hay que recurrir a fuentes muy diversas: Polibio, para empezar, pero lo que tenemos del historiador griego es fragmentario; y las demás fuentes son como mínimo un siglo posteriores, caso de Cicerón, del que tenemos algunos datos (y muy idealizados), y el resto ya se van a dos o tres siglos vista. Es una desgracia haber perdido la parte de la obra de Polibio que tocaba en detalle la época de Emiliano, ya que este escritor fue su gran amigo, su protegido y su cronista. En la novela he tomado los datos que tenemos de este Escipión todavía joven y los he completado dando alma al ser humano que yo creo que pudo ser. Emiliano me parece ante todo un personaje trágico: cargar con el peso del linaje de los Escipiones y de los Emilios debió de suponer para él una responsabilidad de las que marcan el carácter de un hombre. Fue nombrado cónsul mucho antes de tener la edad mínima, destruyó Cartago y Numancia, fue

censor y embajador en Oriente... tuvo todo lo que un político de su tiempo podía considerar una carrera brillante. Y, sin embargo, su vida personal estuvo marcada por la desgracia: un matrimonio con Sempronio, la hermana de Tiberio Graco (y su prima), que fue profundamente desdichado y del que no nació descendencia alguna, con lo que esto suponía para un linaje romano. Escipión es un ser humano fascinante del que por desgracia solo podemos

llegar a captar lo más superficial. El resto hay que imaginárselo...

Cartago fue la ciudad enemiga de Roma en el siglo III a. C., y en la Tercera Guerra Púnica se decide su último destino. ¿Cómo fue el proceso de documentación para recrear el asedio final?

Sin ser yo especialista en historia militar, reconstruir la guerra contra Cartago me ha supuesto un reto. En primer lugar, porque es fácil dejarse llevar por la visión del ejército romano que tenemos en nuestras ca-

bezas, y que es más propia de la legión de tiempos de Trajano que de las que combatieron en África bajo los órdenes de Escipión Emiliano. Meterme en ese campamento en África y pasear por él me ha obligado a leer mucho sobre el tema, a consultar las fuentes originales y a mantener los pies en la tierra para no echar mano de elementos que habrían resultado anacrónicos. Las revistas de Desperta Ferro, como no podía ser de otra manera, han sido esenciales para escribir esta parte de la novela. Sus mapas son el mejor material con el que un novelista puede contar a la hora de trabajar.

Por otro lado, tampoco quería dejarme llevar por la épica burda y triunfalista de la guerra. En general me siento más inclinado hacia la historia social que hacia los temas puramente militares, y de algún modo quería reflejar esto en la novela. No quería reflejar simplemente las batallas y cargar las tintas en la emoción del combate, quería bajar hasta los sentimientos de los hombres que sostenían los escudos en esos enfrentamientos. Los miedos, las inseguridades, la lealtad, la nostalgia del hogar, las rivalidades entre unos oficiales y otros... El lector juzgará si he conseguido alcanzar un equilibrio interesante entre lo puramente bélico y el desarrollo de los personajes.

Tiberio se convierte, con apenas 17 o 18 años, en tribuno militar. ¿Cuál era su rol en el ejército romano?

Los tribunos eran oficiales que servían de enlace entre el estado mayor, formado por el cónsul o el pretor y los legados, con los centuriones y opciones, que eran quienes tenían contacto directo con los legionarios. Era un cargo muy importante en la carrera militar de los jóvenes aristócratas, ya que era el primer escalafón que ocupaban, habitualmente cuando tenían entre dieciocho y veinticinco años. Como tribunos, los jóvenes de la nobleza romana aprendían los rudimentos básicos del mando, tenían contacto directo con la estrategia y sobre todo con el complejo funcionamiento de un campamento de las legiones. Tiberio Graco ejerció como tribuno en las legiones que combatían contra Cartago en la Tercera Guerra Púnica, bajo los órdenes directas de su primo Escipión Emiliano. Sabemos por Plutarco que la confianza que depositó Escipión en él fue muy grande, pues incluso compartía el pabellón en el que el cónsul dormía. En combate, Tiberio brilló muy pronto a pesar de su juventud, y fue el primer

oficial que coronó la muralla de Cartago, ganándose así una *corona muralis*. No sabemos mucho más de su estancia en África, así que en la novela he tratado de reconstruir cómo serían aquellos meses claves en su formación: sus primeras experiencias de combate y de mando, su primer contacto con la muerte, sus relaciones con otros oficiales, y, ante todo, con Escipión Emiliano.

Pones también el foco en un personaje ficticio, Pertinax, sobre el que se vehicula, digamos, la historia social del período...

Pertinax, el esclavo de Tiberio, es el personaje que me ha permitido descender hasta las clases bajas y los barrios de Roma. Resultaba difícil justificar el adentrarnos en ese mundo cuando el protagonista es un niño de la nobleza, de modo que Pertinax me ha permitido recorrer una Roma distinta, que de hecho es la que más me interesa: la Roma de las tabernas, de los callejones y las casas más humildes. Pertinax es además un oasis de ternura en un mundo romano muy rígido, ya que como esclavo se le permiten actitudes y comportamientos que la virtuosa nobleza normalmente se reprimía. Como es lógico, a medida que Tiberio crece y gana independencia, Pertinax va perdiendo peso en la trama... pero volverá a ganarlo en otros momentos de su vida.

Como historiador, ¿cómo ha influido esta vertiente en la construcción de novelas históricas, esta sobre Tiberio Graco en particular?

Creo que el historiador que se adentra en las turbulentas aguas de la novela histórica lo hace con un bagaje y unas herramientas diferentes de las que tienen otros escritores que llegan desde otros campos profesionales. Los historiadores aprendemos, en primer lugar, a respetar las fuentes por encima de todo. A analizarlas, desmenuzarlas, desmentirlas cuando es necesario, pero siempre desde el profundo respeto. Esto nos lleva a sentir un pudor muy grande cuando, por exigencias de una trama o del desarrollo de un personaje, nos vemos obligados a ir en contra de una determinada fuente. Sí, sabemos que la novela histórica es en esencia ficción y que como tal lo importante no es tanto la realidad histórica como la calidad literaria de la obra. Pero, aun así, no podemos evitar que nuestra formación profesional nos lleve a ser muy

«El personaje de Pertinax me ha permitido recorrer una Roma distinta, que de hecho es la que más me interesa: la Roma de las tabernas, de los callejones y las casas más humildes.»

estrictos con determinados aspectos que para otros tal vez sean secundarios. Como lector, a mí hay errores históricos que me sacan por completo de una novela y me impiden disfrutarla, y en consecuencia intento que en mis obras esto no ocurra. Ante la duda, consulto bibliografía, pregunto a expertos, y solo cuando estoy seguro de que no estoy yendo contra un dato contrastado me atrevo a continuar avanzando. Por supuesto sé que hay quien considera novela histórica toda aquella narración literaria que esté ambientada en el pasado. Yo no puedo estar de acuerdo con esta afirmación. Del mismo modo que no puedes escribir una novela epistolar y decir que has escrito un poema épico, la novela histórica tiene unas normas y unas pautas que se deben cumplir para que tu obra encaje en ella. Y si no lo hace, no pasa nada: es posible que tengas entre manos una maravillosa creación literaria. Pero será de otro género, no una novela histórica. En definitiva, si no hay reconstrucción rigurosa de la época, si no hay una labor de documentación previa, si nuestros personajes no tienen coherencia en el tiempo en que situamos sus vidas, no creo que debamos hablar de novela histórica. Un criterio que no todos compartirán pero, como decía al principio, los historiadores somos así de meticulosos. Y sí, también así de molestos.

Este es un Tiberio joven, anterior a su tribunado de la plebe, pero ya se intuyen algunas problemáticas que se tratarán entonces. ¿Qué podrías decirnos sobre ellas?

He intentado construir el personaje de Tiberio con una cierta coherencia lógica a lo largo de su vida. Con treinta años, como tribuno de la plebe, Tiberio va a demostrar una extraordinaria sensibilidad para entender los problemas del pueblo romano y una enorme fortaleza para enfrentarse incluso a los de su propia clase social para aprobar las reformas que, desde su punto de vista, Roma necesitaba. Como es lógico, un carácter y una determinación así no nacen de la nada cuando uno tiene treinta años, sino que son consecuencia de una forma de entender el mundo y la política que se forjan desde la juventud. El Tiberio niño que conocemos en esta novela ya se pregunta por las cosas que suceden a su alrededor, especialmente desde que su padre le introduce en las labores de un pater familias. Como joven tribuno, Tiberio tiene los primeros con-

tactos con las realidades más duras de Roma, y esto le lleva a profundizar en sus dudas y en sus certezas. Lo que en esta novela planteo son las bases sobre las que se construirá el futuro Tiberio adulto, el hombre que, como tribuno de la plebe, sacudió los cimientos de la República en su afán por salvarla.

Tiberio Graco. Tribuno de las legiones aborda la infancia y la juventud de Tiberio Graco. ¿Entendemos que habrá una segunda parte en la que abordarás el resto de la vida y la carrera de este personaje?

Efectivamente, esta es una novela en dos partes, y aunque las dos podrán ser leídas de forma independiente, solo leyendo ambas tendremos un panorama completo de la vida de Tiberio Graco. En esta primera he recorrido su infancia en Roma, su primera adolescencia y su juventud como tribuno en la guerra contra Cartago, pero me he dejado fuera la que de hecho es la parte más conocida de su vida y aquella por la que ha pasado a la historia: su labor como tribuno de la plebe. La segunda parte, que confiamos en que llegue a las librerías bien pronto, abordará su madurez, desde su labor como cuestor en Numancia, que marcó su vida por diversas circunstancias, hasta llegar al año 133 a. C., momento en el que Tiberio ejerció como tribuno de la plebe. Y es esta parte final la que da sentido a la toda la historia, ya que será aquí donde culmine todo el proceso madurativo del personaje que habremos visto en las páginas anteriores. Por supuesto, cualquier persona que conozca un mínimo de la historia de Roma sabe cuál fue el final de Tiberio Graco, pero mi labor como novelista consiste en hacer del camino que nos lleve a ese conocido final una experiencia de disfrute a muchos niveles. Además, esta segunda parte me está permitiendo desarrollar personajes que en la primera solo estaban esbozados o que no tuvieron un gran desarrollo, como el pequeño Cayo Graco, la desdichada Sempronio, Apio Claudio Pulcro y otros muchos. El objetivo final es crear un mosaico de personajes que permitan al lector hacerse una idea de cómo fue la vida de Tiberio Sempronio Graco y cómo era la Roma que le tocó vivir.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

PRÓLOGO

Roma, en el consulado de Aulo Manlio Torcuato y Quinto Casio Longino, año 590 desde la fundación de la ciudad (164 a. C.)

PRIMERA PARTE

Roma, en el consulado de Quinto Opimio y Manio Acilio Glabrio (suff.), en el año 600 desde la fundación de la ciudad (154 a. C.)

SEGUNDA PARTE

Roma, en el consulado de Quinto Fulvio Nobilior y Tito Annio Lusco, año 601 desde la fundación de la ciudad (153 a. C.)

TERCERA PARTE

Roma y África, en el consulado de Publio Cornelio Escipión Emiliano y Cayo Livio Druso, año 607 desde la fundación de la ciudad, otoño (147 a. C.)

CUARTA PARTE

África, en el consulado de Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio, año 608 desde la fundación de la ciudad, invierno y primavera (146 a. C.)

EPÍLOGO

Roma, en el consulado de Cneo Cornelio Léntulo y Marco Mumio, año 608 desde la fundación de la ciudad, verano (146 a. C.)

Posfacio: Tiberio Sempronio Graco y la *res publica* romana en la que nació (Óscar González Camaño)



DOSIER DE PRENSA

PRIMERA PARTE, CAPÍTULO 9

Cuando el joven Tiberio llegó a la estancia donde su padre atendía a los clientes, tuvo que sortear al grupo de hombres que había reunido ante la puerta antes de poder pasar. Quinto, el atriense, de pie frente a la entrada, no movía un solo músculo, como si fuera una estatua; al ver a su joven amo, le abrió paso entre el grupo y le franqueó el acceso a la estancia, separada por una gruesa cortina.

Tiberio Graco padre, sentado detrás de una gran mesa de madera, charlaba animadamente con un hombre que también iba vestido con una toga blanca. El joven no pudo reconocerlo, pero supuso que, por su atuendo y por el hecho de haber sido invitado a entrar el primero, debía de tratarse de un miembro de una casa noble poco importante o de una familia de caballeros.

Aguardó junto a la entrada a que su padre le diera permiso para pasar, pero Tiberio le ignoró durante un buen rato. Solo cuando se zanjó el asunto que tenía que tratar con su cliente y le hubo despedido con un cortés apretón en el antebrazo, se dirigió a su hijo.

—Siéntate junto a mí. Habla solo si se te pregunta tu opinión. Estás aquí para aprender, no para hablar.

El niño asintió. Tomó asiento en un pequeño escabel, junto a su padre, prudentemente retirado de la mesa.

El atriense entró junto a un hombre que vestía una larga túnica de color gris y lucía una frondosa barba negra.

—Critias, hijo de Asfódelo, de Tarento —anunció antes de retirarse.

Tiberio padre se puso en pie para dar la bienvenida a su cliente y lo invitó a sentarse para exponer sus problemas y necesidades. El hombre comenzó a hablar en griego, una lengua que el paterfamilias de la casa hablaba con fluidez pero que su hijo aún no dominaba por completo. Toda la conversación transcurrió en griego, motivo por el cual, el joven Tiberio fue perdiendo interés pese a que trató de poner toda su atención en la manera de actuar de su padre. Cuando hubieron acabado de hablar, Tiberio volvió a levantarse y, como había hecho con el anterior cliente, lo

despidió con un apretón en el antebrazo. Una vez se hubo marchado, Tiberio se dirigió a su hijo.

—¿Qué has aprendido de esta conversación? —preguntó.

—No mucho, la verdad. Solo he podido entender algunas frases sueltas —respondió el niño, ligeramente avergonzado.

—Esa es tu primera lección del día: de todos los habitantes de los territorios que controlamos solo una parte muy pequeña habla latín. En todo Oriente, en el sur de Italia, en muchas ciudades de la Galia y de Hispania, es el griego la lengua de comunicación. El latín es la lengua con la que hemos conquistado el mundo, pero es el griego la lengua con la que lo gobernaremos. Hasta esa vieja chocha de Catón ha tenido que aprenderlo para evitar quedarse fuera del juego político. —Miró a su hijo a los ojos—. Recuerda, Tiberio, si no hablas griego con fluidez, nunca serás un buen patrón para nuestros muchos clientes de Oriente y el sur de Italia.

—¿No se utilizan traductores en el Senado cuando se recibe a embajadores? —preguntó Tiberio, no muy entusiasmado con la idea de tener que dedicar aún más tiempo a estudiar.

—Sí, se utilizan intérpretes porque todavía hay algunos senadores que se empeñan en no aprender nada que no dominara el mismo Rómulo. Los traductores son esclavos griegos que saben mucho de literatura pero que no tienen ni idea de política. Las traducciones, y esto te lo digo por experiencia, nunca son fieles a lo que se ha querido decir en primer lugar. Un error en una traducción de Homero es una anécdota, pero un error al traducir las palabras de un embajador puede suponer una declaración de guerra que lleve a la muerte a miles de romanos.

El niño asintió. Nunca se había planteado de aquella manera la necesidad de mejorar su griego.

—Estudia con esmero y el día de mañana no necesitarás intérpretes para comunicarte con nadie —concluyó Tiberio padre—. Ahora, pasemos al siguiente asunto.

SEGUNDA PARTE, CAPÍTULO 4

Cornelia y Tiberio, escoltados por la nutrida comitiva de esclavos, iniciaron el recorrido de regreso a casa. El niño no se atrevía a preguntar a su madre el motivo de su generosidad para con los dioses, pero ella se adelantó.

—Te estás preguntando por qué he ofrecido estas riquezas al templo de Vesta en lugar de guardarlas y añadir las a nuestro patrimonio, ¿verdad? Tiberio nunca había cuestionado las decisiones de su madre, y aquel no sería el día en el que comenzaría a hacerlo.

—Si has tomado esta decisión, debe haber una buena causa —respondió con prudencia.

—Sí, la hay —dijo Cornelia. Los esclavos que caminaban junto a ellos fingían respetar la intimidad de aquella conversación, aunque en realidad escuchaban

con atención las palabras de la viuda y del pequeño Tiberio.

—Todo el mundo en Roma ya sabía esta mañana que un embajador egipcio nos visitó anoche; y que había traído con él una gran cantidad de regalos. En esta ciudad nada se mueve sin que llegue a oídos del pueblo. Las paredes tienen ojos y estos a su vez boca para relatar lo que ven, no lo olvides jamás —dijo Cornelia mientras miraba fijamente a Tiberio a los ojos.

El muchacho asintió en silencio y su madre continuó:

—¿Has escuchado lo que ha dicho Fabia? Que esas riquezas eran dignas de una reina. Es lo que Ptolomeo pretendía, que yo me sintiera tentada de vivir rodeada de lujos como su reina. Pero en Roma no hay reyes, los

expulsamos hace mucho tiempo. Y juramos que nunca, jamás, toleraríamos a otro monarca en esta ciudad.

Cornelia se detuvo, y con ella la comitiva. Miró fijamente a su hijo.

—Ese juramento sigue vivo, Tiberio, y nadie lo ha olvidado. Desde que Tarquinio perdió el trono, algunos romanos han tratado de alzarse sobre el resto de los ciudadanos en riqueza, poder, prestigio e influencia. Pero ninguno lo ha conseguido. Podría contarte las historias de Espurio Casio o de Espurio Melio, que intentaron ganarse al pueblo para alcanzar el poder. Supongo que conoces estos viejos relatos, los habrás leído en los libros o te los habrán contado tus tutores.

Tiberio asintió. Conocía aquellas historias a la perfección. Era historias muy viejas, casi tanto como la misma res pública. Espurio Casio y Espurio Melio habían sido dos políticos ambiciosos que, tras haber logrado grandes victorias militares para Roma, habían tratado de aumentar su poder ganándose al pueblo con repartos de trigo y otras prebendas, y que les habían convertido en los héroes de la plebe. El Senado vio aquellas maniobras como un intento de ser coronados reyes de Roma y decidió cortar la amenaza de raíz: tanto Casio como Melio habían sido condenados a muerte y ejecutados por traición. De nada les sirvieron sus hazañas militares ni los servicios prestados a la res pública: habían tratado de situarse por encima de sus semejantes, de acaparar demasiado poder en sus manos, y por ese motivo habían sido ejecutados.

—Escucha bien lo que te voy a decir porque no es ningún motivo de alegría para mí —continuó Cornelia—. Tu abuelo, mi padre, pese a toda su sabiduría, olvidó aquellas historias. El gran Escipión el Africano: el mejor general que Roma ha conocido nunca. Lo digo con orgullo, pero también reconozco que la soberbia y, sí, el orgullo, le cegaron. Quiso ser tan poderoso, llegó tan alto que perdió de vista la realidad. —Enumeró con los dedos de una mano—. Había vencido a Aníbal, logró derrotar al rey Antíoco de Siria, porque fue él quien lo derrotó en realidad, no mi tío, el procónsul encargado de aquella guerra; el pueblo lo adoraba, los enemigos le temían. Llegó a tener tanto poder que se burlaba de las amenazas de sus enemigos. ¡Qué locura!

Tiberio percibió el dolor y la rabia en las palabras de su madre.

—Desde el momento en el que derrotó a Aníbal en Zama, sus adversarios, con ese maldito Catón al frente, comenzaron a llamarlo tirano. «Escipión no se detendrá hasta ser coronado como rey», decían. Eran acusaciones absurdas, cómo se atrevían... Pero el mensaje caló en la mayoría de los senadores. Tu abuelo nunca quiso ser rey de Roma, eso tenlo por seguro, pero se comportaba como si lo fuera. Era orgulloso y altivo, no toleraba que se le desobedeciera. Dadivoso con sus amigos y extremadamente cruel y vengativo con sus rivales —dijo las últimas palabras con un brillo en los ojos—. No, no quiso ser rey de

Roma, pero, por los dioses, cualquiera que le viera caminar por el Foro habría dicho que lo era. Un rey sin corona.

Cornelia hizo una pausa. Tenía la mirada perdida al frente, como si estuviera contemplando de nuevo a su padre, el gran Escipión paseando por las calles de Roma. Habían pasado treinta años desde su muerte, pero el Africano seguía muy vivo en el corazón de su hija menor, cuyos ojos estaban colmados de lágrimas.

—Finalmente, sus enemigos pasaron al ataque. Acusaron a su hermano, mi tío Lucio, de haberse quedado de forma ilícita con parte del botín de la guerra contra Antíoco. Hubo juicios ante el Senado y el pueblo, y en aquella ocasión de nada sirvió el orgullo a tu abuelo. Había llegado el momento de que sus enemigos se cobraran su ansiada venganza. Al final, mi padre, Publio Cornelio Escipión, no fue condenado a nada, nunca fue esa la intención; pero lo humillaron de tal manera que decidió marcharse al exilio. —La rabia asomó entre las palabras de Cornelia—. Humillado por los mismos senadores a los que había salvado al vencer a Aníbal; y abandonado por la misma Roma, a la que había librado de la destrucción. Murió en nuestra finca de Litemum, amargado y abatido. Yo era muy pequeña cuando sucedió todo aquello, pero recuerdo muy bien la amargura de los últimos años de vida de tu abuelo, Tiberio.

El muchacho había escuchado aquella historia muchas veces, formaba parte de la memoria más reciente de Roma y, ante todo, de la historia de su propia familia. Pero nunca la había escuchado de boca de su madre, la hija del protagonista de aquellos hechos. El niño comprendió la dureza de aquellos momentos para la familia de los Escipiones y, en particular, el dolor y la rabia de su madre. Después de haber dado tanto por Roma, después de haber salvado la patria, verse arrojado fuera de sus murallas como un vulgar ladrón. Un triste final para un hombre excepcional.

—¿Qué tiene que ver lo que le ocurrió al abuelo con el tesoro del rey de Egipto —preguntó Tiberio.

—Tiene mucho que ver, hijo. Mi padre se comportó como un rey y Roma le castigó por ello. Roma no perdona que ninguno de sus ciudadanos se eleve por encima del resto. Cuando un imperator entra en la ciudad junto a sus tropas para celebrar el triunfo después de una guerra, un esclavo se sitúa detrás de él en el carro y le susurra unas palabras al oído ¿Sabes qué es lo que les dicen?

—«Recuerda que eres mortal» —respondió el niño de inmediato.

—«Recuerda que eres mortal, recuerda que eres mortal». Es una manera de que aquel que todo lo ha logrado y que entra triunfador en Roma no olvide que no es más que el resto de los romanos que compiten por el poder. Roma no perdona que ningún hombre se crea inmortal. Y es por eso que no podemos quedarnos con esos tesoros. Son riquezas dignas de un rey, sí, y precisamente por eso la gente habría empezado a murmurar: «Cornelia, la aspirante a reina. Cornelia, la hija de Escipión, ha heredado sus aspiraciones de grandeza. El nombre de los Escipio-

nes ligado al de un rey extranjero». Habría sido un suicidio para todos nosotros... y el fin de tus aspiraciones futuras a los honores que te pertenecen por derecho. Entiéndelo, Tiberio: quedarnos esos tesoros no solo habría supuesto mi infamia, algo que importa mucho en este mundo de hombres, sino también la tuya y la de tus hermanos.

—¿Solo por aceptar un regalo?

—Solo por aceptar un regalo. No lo olvides nunca.

—Cogió a su hijo por los hombros—. Roma no consiente que nadie se comporte como un rey, que vista

como un rey o que hable como un rey. No hace falta que alguien quiera ser rey para que Roma, por el medio que sea, decida eliminarlo. Le ocurrió a Espurio Casio, le ocurrió a Espurio Melio... y le ocurrió a tu abuelo. Recuérdalo siempre, Tiberio. Nunca te comportes como un rey o Roma te lo hará pagar.

El pequeño Tiberio no dijo nada. El resto del camino lo hizo en silencio, reflexionando acerca de las palabras de su madre. «Recuerda que eres mortal o Roma te lo hará pagar».

TERCERA PARTE, CAPÍTULO 10

Siguiendo las instrucciones de Escipión, Lelio se llevó a Tiberio con él. Al tribuno, curioso por naturaleza, le habría gustado quedarse escuchando las explicaciones de Labieno y aprender de aquellos temas que tal vez podrían serle de utilidad en el futuro en la eventualidad de comandar legiones durante un asedio. No se atrevió, sin embargo, a contradecir las órdenes del cónsul y siguió a Lelio por las escaleras que subían hasta lo alto del muro. El legado, al ver que su acompañante se separaba a regañadientes del praefectus fabrum, intentó compensar aquella frustración y le explicó todo lo que él mismo sabía acerca de aquellas fortificaciones y su construcción.

—Los cónsules que antecederon a Publio se limitaron a levantar una simple empalizada de madera con un pequeño foso delante, y creyeron que con eso bastaría para frenar a los cartagineses. Estaban más ocupados repartiéndose un botín que aún no habían ganado que en averiguar cómo conseguirlo. Idiotas...

Tiberio escuchó los comentarios de Lelio y se sorprendió de que hablara tan mal de los anteriores cónsules; pero enseguida comprendió que el legado, aunque prudente en público, se tomaba algunas confianzas en la intimidad.

—Por supuesto, el resultado fue un desastre: la caballería púnica nos atacó desde el exterior, mientras dentro de la ciudad el ejército cartaginés hizo varias salidas que desbarataron todas las construcciones. Fue un absoluto desastre. De no haber sido por Publio, que servía como tribuno en aquel entonces, es probable que toda la campaña hubiera fracasado. Imagínate pretender el asedio de Cartago como quien pone cerco a una aldea gala...

Tiberio atendió a Lelio mientras miraba a su alrededor. La mayor parte de los hombres que trabajaban en la construcción del muro eran legionarios: soldados que el día de mañana tendrían que coger las armas, pero que en aquellos momentos ejercían de canteros y albañiles. Todos estaban entregados a su tarea a pesar del calor y de las dificultades, y sin proferir ni una sola queja.

Cuando Lelio y él se aproximaban, los soldados dejaban de trabajar y se cuadraban ante los oficiales hasta que el legado los saludaba y les indicaba con palabras afectuo-

sas que volvieran a su tarea. Tiberio sintió una punzada de orgullo al ver a aquellos hombres disciplinados y esforzados que constituían la columna vertebral de las legiones romanas.

—En cuanto desembarcamos en África, Publio dio orden de levantar esta muralla y destinar el grueso de nuestros esfuerzos aquí. Una cosa ha tenido clara desde el principio: Cartago no caerá mientras pueda comunicarse con el exterior. Por supuesto, que una parte de la caballería púnica se haya pasado a nuestro bando desde aquel entonces ha cambiado por completo la situación y nos facilita bastante las cosas...

Cayo Lelio seguía hablando en el momento en el que llegaron a la parte alta del muro y pudieron ver el paisaje que se abría al otro lado. El legado continuó con sus explicaciones, pero en aquel momento Tiberio dejó de prestar atención a nada que no fuera el espectáculo que se abría ante sí.

Más allá del muro, tras una corta distancia cubierta por la tierra desierta del istmo, se levantaba la ciudad de Cartago. Una urbe mucho más grande de lo que Tiberio había podido imaginar y rodeada de varios círculos de imponentes murallas en toda su extensión. A pesar de la distancia, el tribuno pudo contemplar las siluetas de los edificios más altos y de las casas situadas en las colinas sobre las que la ciudad se había edificado.

Tiberio entrecerró los ojos para agudizar la vista y que no le deslumbrara el sol que se alzaba lentamente sobre el cielo oriental. En las partes más altas de Cartago había edificios majestuosos que él interpretó como templos, consagrados sin duda a divinidades de las que jamás había oído hablar. Se preguntó si desde su posición podría verse el lugar en el que, según le habían contado desde niño, los cartagineses sacrificaban bebés recién nacidos a Baal, a quien los romanos conocían como al dios Saturno, o a otra divinidad oculta bajo ese nombre. El tofet, recordó: había escuchado aquellas historias una infinidad de veces, y aunque ya de adulto suponía que en ellas había algo de leyenda, no tenía más remedio que reconocer que habían tenido un cierto efecto en la forma en la que había interiorizado la imagen de Cartago y los púnicos.

Mientras observaba la ciudad de Cartago por primera vez, Tiberio Graco sintió cómo se le aceleraba el corazón y se le secaba la garganta. Tenía ante sí, en un enclave privilegiado junto al mar, mucho más que una urbe próspera y rica: era la suma de todos sus sueños desde niño, de sus obsesiones como nieto de Escipión el Africano, de todas las historias que había escuchado y que él mismo le había repetido a su hermano Cayo. Si Roma era la realidad, la vida cotidiana, todo lo que había visto, tocado y vivido desde niño, en Cartago veía la leyenda, el mito soñado. De aquella ciudad había salido Aníbal, el monstruo al que todos los niños romanos habían aprendido a temer a pesar de que llevaba ya varias décadas muerto; frente a ella se había decidido el destino de Roma y el de su familia, los Escipiones, cuando su abuelo había derrotado a los

TERCERA PARTE, CAPÍTULO 28

—Tribuno...
Tiberio escuchó a Minucio a sus espaldas. Se dio la vuelta y lo vio al frente de la formación. Aguardaba órdenes.

No había tiempo que perder.

—Escuchadme bien. Caeremos sobre los cartagineses para aliviar la presión sobre nuestros compañeros.

—Minucio asintió—. Nos uniremos a los nuestros en una formación cerrada y después resistiremos tanto como podamos. Mis propias centurias no tardarán en llegar.

Minucio levantó un brazo.

—¡Milites, ya habéis oído al tribuno! ¡Cargad! Los legionarios entonaron un grito de guerra y se lanzaron contra los cartagineses que, concentrados como estaban en abatir a los últimos defensores de las puertas, no vieron venir aquellos refuerzos.

El impacto de los escudos y los pila de los legionarios acabó con la vida de decenas de soldados púnicos que por un momento estuvieron a punto de correr en desbandada al creer que toda una legión había caído sobre ellos. Los oficiales púnicos, sin embargo, no tardaron en recomponer la estructura de sus propias tropas, arengando a sus hombres para que resistieran y siguieran luchando.

Tiberio, situado en la parte trasera de la formación, pudo escuchar las órdenes de los oficiales cartagineses, y aunque no hablaba la lengua púnica supuso qué era lo que estaban diciendo. «Luchad por vuestras vidas. Luchas

púnico en Zama. ¿Qué era lo que le había dicho su madre cuando él le había informado de la carta en la que Escipión le solicitaba como tribuno? Pero daba igual lo que ella dijera, porque en su corazón Tiberio ya había tomado una decisión. Su alma estaba en África, como lo había estado la de su abuelo.

—Impresiona la primera vez que la ves —dijo Lelio.

Se había dado cuenta de que Tiberio ya no le escuchaba y había dejado de hablar de la construcción del muro para que este pudiera disfrutar de su primer encuentro con Cartago.

—Y más cuando piensas en el destino que le aguarda.

—La destrucción —dijo Tiberio.

—Ya escuchaste a Publio: no habrá tregua ni acuerdo posible.

por vuestras familias. Luchad por vuestra patria». Él mismo habría dicho palabras similares a sus hombres, pero comprendió que para los cartagineses aquella batalla no se libraba solo por sus vidas individuales o por el honor, sino que podía suponer la última oportunidad de que sus padres, madres, hijos e hijas tuvieran un futuro. Entendió por qué luchaban los cartagineses con tanta fiereza a pesar de estar peor armados o de que muchos de ellos eran apenas unos niños y ancianos agotados: aquella era la última batalla que librarían en campo abierto, pues después se verían obligados a luchar en las calles de su propia ciudad.

La llegada de los legionarios de Aulo Minucio supuso un momentáneo alivio para los romanos que defendían la puerta. Al darse cuenta de que contaban con refuerzos, aquellos soldados ya exhaustos vieron renovadas sus esperanzas y sus energías, y comenzaron a combatir con más ahínco.

En un primer momento, los cartagineses retrocedieron, pero no por cobardía o por verse desbordados, sino porque sus oficiales esperaban que los dos contingentes romanos se unieran frente a las puertas para así poder combatirlos con más facilidad y no tener que atender a varios flancos al mismo tiempo. De este modo, la primera fila de los legionarios de Minucio no tardó en unirse con los defensores de la puerta, que los recibieron como a sus salvadores. Pero tuvieron poco tiempo para celebrarlo: los cartagineses no tardaron en cargar de nuevo.

CUARTA PARTE, CAPÍTULO 17

El tribuno pasó revista de las tropas a su disposición, muchas menos de las que había tenido Octavio al comienzo de la batalla; muchos hombres habían muerto, tanto en el ataque a la muralla como en las luchas que habían estallado en el interior de la ciudad. Las bajas de aquellas centurias habían sido muy inferiores a las de otras unidades menos disciplinadas que, entregadas casi de inmediato al pillaje y al saqueo, rompieron la formación y actuaron

de forma irresponsable y descuidada. Sin embargo, las ausencias eran evidentes y resultaban especialmente palpables en lo que se refería a los oficiales.

Tiberio ya sabía que Opio había caído herido en algún momento de la batalla y se encontraba recuperándose a salvo en un punto seguro de la ciudad. Pero el centurión no había sido el único en causar baja. El tribuno observó que prácticamente no quedaban centuriones ni

opciones entre los hombres que tenía a su disposición. Miró sobre las cabezas de los hombres y no encontró a Tito Cluvio por ninguna parte, como tampoco divisó los rostros de muchos de los legionarios con los que había combatido en aquellos meses y que habían llegado a convertirse en sus camaradas de armas.

—¿Dónde está Cluvio? —preguntó a uno de los centuriones que quedaban en pie.

El centurión señaló a la calle que se abría frente a la pequeña plaza en la que se encontraban, una estrecha y sinuosa calleja encajada entre altos edificios que subía hacia la colina de Birsá.

—Calle arriba, junto a varias decenas de legionarios. Caímos en una emboscada cuando íbamos a ascender por la colina. Nos atacaron desde lo alto de los edificios, desde las callejas laterales. El tribuno Octavio ordenó retirada, pero el grupo del optio que formaba la retaguardia se quedó rezagado y se separó del resto de la centuria.

Tiberio encajó la noticia y trató de mantener la serenidad. No quiso imaginar en qué condiciones se había producido aquella retirada colina abajo en medio del acoso de la población púnica, ni cómo era posible que un tribuno hubiera permitido que una parte de sus hombres se quedara atrás, condenándolos a una muerte segura.

Apretó los dientes y miró al frente, hacia la nada. Ya había perdido a Opio, no podía permitirse perder a más oficiales.

—¿Los visteis caer? —preguntó—. ¿Visteis caer a Cluvio y al resto?

El centurión se encogió de hombros, avergonzado. En ese momento otro legionario dio un paso al frente y pidió permiso para hablar.

—Tribuno, yo vi cómo el optio Cluvio daba órdenes a los suyos cuando les cerraban el paso. Se papapetaron tras un pequeño muro con sus escudos en alto. Tal vez... quiero decir... es probable que aún estén combatiendo.

Tiberio se volvió hacia Lelio, que también lo había escuchado todo. Como oficial de mayor graduación, era el legado a quien le correspondía tomar las decisiones delicadas en aquel momento. El tribuno no quería dar un orden solo para verse desautorizado, un instante después, por Lelio; este comprendió de inmediato qué era lo que Tiberio pretendía y asintió.

—Trae a esos hombres de vuelta con vida, tribuno —dijo.

Tiberio se volvió de nuevo hacia los legionarios.

—¡Milites, en formación!

Los soldados se cuadraron de inmediato. Incluso los que unos momentos antes habían estado tumbados en el suelo o sentados con actitud indolente, agotados por el esfuerzo y el desánimo, adoptaron una actitud firme y segura.

—Avanzaremos calle arriba, de forma lenta pero implacable. Iremos en filas de a cuatro. Los que ocupen los laterales llevarán los escudos alzados, de forma que se protejan ellos mismos y a sus compañeros de la parte central de cualquier proyectil que pueda llegar desde las ventanas y los tejados.

Enunció con voz firme y segura.

—Acabad con todos los que se crucen en vuestro camino, sin piedad. No entréis en las casas. No rompáis la formación bajo ningún concepto. Me da igual que por el camino nos crucemos con la misma Venus abierta de piernas o con los tesoros de Delfos. Nadie romperá la formación o yo mismo le ensartaré con mi espada, ¿he sido claro?

Los legionarios gritaron un sí como respuesta y aclamaron tres veces el nombre de su añorado tribuno.

—Nos reuniremos con los hombres de Cluvio y volveremos a retroceder hasta este lugar. Necesitamos refuerzos para tomar la colina. No nos dejaremos la vida en el último día de la guerra por no saber aguardar el momento adecuado. Así, pues, ¡escudos arriba! ¡En un mes estaremos en Roma, celebrando el triunfo!

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com

